Días de júbilo, noches de luz. Pregón de la Bajada 2010

Carmen Díaz Alayón

Danza de Enanos en la calle Pérez de Brito (2010). JA

Buenas tardes a todos, autoridades municipales e insulares, civiles y religiosas, familiares, amigos, señoras y señores, reciban mi saludo más cálido. Aquí me tienen ustedes, mis queridos paisanos, desempeñando uno de los oficios más nobles y más hermosos que se pueden dar, hacer el pregón de los actos de la Bajada de la Virgen, un encargo que para mí constituye un honor y que me permite poder manifestar públicamente la gratitud y el cariño que profeso a esta ciudad, a esta tierra y a sus gentes, así como mi compromiso con nuestras tradiciones y nuestra cultura.

Mi dulce y honrosa misión hoy aquí busca alcanzar dos objetivos: de una parte, cantar la fiesta mayor de La Palma, presentarla en todo su atractivo y en todo su valor, resaltar algunas aristas que se albergan en ella y alumbrar con luz nueva distintos hechos que me parecen importantes para llegar a lo más íntimo de su entraña; y, de otra parte, animar e invitar a todos, los de la isla y los de fuera de ella, a que acudan y la disfruten, y yo voy a llevar a cabo esta tarea sirviéndome de palabras claras, inevitablemente emocionadas, poniendo el corazón en ellas, llenándolas de sinceridad y de memoria entrañable.

Lo primero que quiero resaltar es que los actos de la Bajada constituyen, sin duda alguna, la obra colectiva de todo un pueblo, la herencia que nos lega la tradición, el sueño perenne de una comunidad, un sueño de siglos en el que se integran los afanes de muchos y los desvelos de todos. Sabemos muy bien que, en el discurrir de tres largas centurias, nuestra fiesta por excelencia ha tenido y tiene detrás destacados nombres propios y personalidades que nos han dejado aportaciones y

creaciones singulares y de gran valor. En las citas lustrales, nuestros compositores, nuestros poetas y nuestros hombres de teatro han tenido siempre la ocasión propicia de mostrar su talento y de ofrecer los frutos más inspirados de su creatividad, y constituyen sin duda alguna una aportación decisiva, relevante, ampliamente conocida y reconocida, sobre todo en la etapa más cercana. Pero junto a la labor de nuestros creadores literarios y musicales se encuentra otra en la que yo quiero fijar mi mirada: hablo, en este caso, de la historia no escrita y no recordada de la Bajada, de su crónica pequeña, una crónica cercana que está tejida de generosidad y henchida de calor humano; hablo de todo ese conjunto de hombres y mujeres, muchos de ellos inevitablemente caídos en la desmemoria, que, a lo largo del tiempo y en la medida de sus posibilidades, también han hecho posible nuestra fiesta, a la que han aportado su trabajo, sus afanes y sus ilusiones.

Coincidirán ustedes conmigo en que la celebración secular de la Bajada sería de todo punto impensable sin músicos, sin las voces de los solistas, sin coros, sin costureras y sastres, sin diseñadores y bordadoras, sin carpinteros y pintores, sin yesistas y especialistas en arquitectura efímera, toda una nutrida nómina de hombres y mujeres a los que corresponde una parte importante del devenir y del brillo de nuestra fiesta más grande, y que yo quiero —y ustedes conmigo— destacar aquí y sacarlos por un instante del olvido para hacerles objeto de nuestra gratitud y de nuestro reconocimiento.

Me refiero a esa bordadora, heredera de una tradición de siglos, que dejó todo su buen hacer realzando la belleza de un vestido, y a ese artesano que restauró caretas estropeadas por el uso y el tiempo. Hablo de aquellos otros que tomaron en sus manos la dirección y supervisión de los ensayos de los números, y de aquellos niños y niñas que integraron los coros de los carros marianos o que realizaron las numerosas y tradicionales danzas infantiles. Me refiero también a los que se dedicaron a la tarea de preparar y aderezar adecuadamente el castillo y el barco, y a los que prestaron o donaron todo lo necesario para ello. Hablo de los que les han dado baile y movimiento a los masca-

Danza de Enanos (2010). JA

Danza de Mascarones (2010). JA

rones, y de los imprescindibles fogueteros, orgullosos responsables del ingrediente más sonoro de muchos de los actos. Y quien dice fogueteros, dice latoneros, carpinteros y otros operarios, y dice también plateros, tradicionalmente ocupados en conseguir que la plata de los templos brillara en toda su gloria. Me refiero a los encargados de que los carros dispusieran de todos los artilugios requeridos, y también a los escayolistas y pintores que se ocuparon de embellecerlos con molduras, volutas, florones y todos los elementos decorativos que dictaban la moda y la época. De modo especial, hablo sobre todo de las muchas mujeres anónimas que en todo momento han estado detrás del brillo y del esplendor de la Bajada. Como vemos, una multitud de hombres y mujeres de corazones generosos, que ostentan, desde el anonimato y desde la humildad, el título más preciado, que es el de licenciados en el amor a su ciudad y a su tierra, que es el de diplomados en la fe del corazón, y que nos muestran de forma clara que para hacer la Bajada todo cuenta.

Con nuestra Bajada, ocurre lo mismo que con las catedrales; de ellas sabemos el nombre de los arquitectos y escultores que tomaron parte en su construcción, pero ignoramos el nombre de los operarios que cortaron los bloques de piedra en las canteras, de aquellos que los transportaron al lugar de edificación, de los que, ya en este, los pulieron y prepararon de manera adecuada, y de los que, finalmente, los situaron y encajaron en el lugar oportuno. Desconocemos sus nombres, pero resulta innegable que sin ellos y sin su labor y entrega las catedrales no se hubieran levantado, y aquí, en La Palma, en esta catedral hermosa que es nuestra Bajada, ocurre otro tanto. La iniciativa, la colaboración desprendida y las energías de tantos y tantos hombres y mujeres anónimos son los que, en el correr de los lustros, han hecho posible una parte esencial de esa obra colectiva que son nuestras fiestas mayores. Y yo quiero destacar su relevancia y su generosidad, deseo presentarlos hoy como protagonistas de primera línea, aunque no aparezcan en las fuentes históricas, ni vivan siquiera en el recuerdo.

Como también quiero subrayar aquí la relevancia que el pueblo en su conjunto, el de hoy y el de ayer, ha tenido y tiene en el proceso de creación y transmisión de las celebraciones de la Bajada. Y lo hago porque el pueblo, el nuestro, es el que desde siempre ha dado y da vida a la ciudad y la isla, el que las ha hecho en el pasado y las hace en el presente, y el que ha llevado y lleva en sí el recuerdo perenne de las tradiciones, porque el pueblo nunca se

Danza de Mascarones (2010). JA

ha contentado con desempeñar el papel de mero espectador y prefiere constituirse en protagonista, en la masa crítica, y por ello es el que, sintiendo y actuando colectivamente, juzga, modela y define lo que se hace. Es el pueblo, son las generaciones que nos han precedido, somos todos nosotros los que, sin duda alguna, le hemos conferido a nuestra celebración más destacada sus dos rasgos característicos: por un lado, la devoción a la Virgen de las Nieves; y, por otro, el desarrollo cuidado, artístico y espléndido de los festejos. Es el pueblo el que, a lo largo del tiempo, resuelve la pugna entre tradición e innovación, el que impide que el peso de la tradición nos haya hecho caer en un inmovilismo imposible e impensable, el que hace que cada lustro la celebración sea propia, singular, distinta a las demás, que cada cita quinquenal sea un proyecto que se actualiza y que se rediseña, bien porque se rescata un número, largo tiempo olvidado, bien porque se introduce otro completamente novedoso, bien porque a alguna de las piezas tradicionales se les da un toque diferente.

Además de constituir todo un legado patrimonial hecho lustro a lustro y siglo a siglo, los actos de la Bajada son, por las mismas razones, nuestro mejor espejo, un espejo que refleja la especial estatura espiritual de los palmeros, su alma dilatada y su corazón espacioso. Un espejo en el que nos reconocemos, en el que se puede ver perfectamente cómo sentimos y cómo somos, y en el que ponemos lo mejor de nosotros mismos. Y es un espejo que nos es propio, porque en la Bajada no hemos hecho otra cosa que exteriorizar nuestra alegría y nuestra particular manera de ser con un ritual singular, y lo hemos hecho como lo sabemos hacer, como queremos que sea, es decir, con la luz, con el brillo, con el arte y con la música. Y esto no tiene por qué sorprender, porque si en algo la vida ha sido generosa con esta ciudad y con esta tierra es en el talento creativo y en el talante intelectual que abunda en sus hijos. No debe asombrar que esto sea así porque los palmeros —permítanme recordarlo aquí— somos sensibles y soñadores, inquietos y eternamente disconformes; somos amantes de todas las expresiones artísticas y muy exigentes en el terreno estético; siempre hemos sabido reconocer la excelencia de las cosas y somos amigos como pocos de derrochar ingenio y buen gusto. En todo momento nos ha caracterizado una visión del mundo ancha e integradora, hemos vivido en un universalismo que nos pone todo al alcance de la mano y de la mente, y que se ha mostrado singularmente rico en el campo del pensamiento, y nos es propio un sabio

y natural eclecticismo que nos hace estar atentos a lo de dentro, y también a lo de fuera. Nuestro destino siempre ha estado unido irrevocablemente al mar, al que le debemos nuestra andadura en la historia, y el horizonte lo hemos mirado en todo momento como referencia para alcanzar nuevos mundos y nuevas orillas. Por eso, nunca hemos considerado el océano como una limitación, sino que, muy al contrario, lo hemos visto como vía de contacto de gentes y cruce de ideas, como comunicación entre continentes, como camino de llegada y de partida, y ello ha hecho que siempre hayamos tenido como propio lo más sublime de la vieja Europa, y que nos hayamos mirado en los espejos de Flandes, del Mediterráneo, de la Europa atlántica y del ultramar indiano. En todo momento hemos sido y somos palmeros del mundo, canarios de todas partes. Y todo esto, como no puede ser de otro modo, se refleja en nuestra forma de percibir y explicar la realidad, en nuestros gustos, en nuestras ideas, en nuestra manera de hacer las cosas y, por supuesto, en nuestra forma de concebir y de vivir la Bajada.

En este sentido, si queremos ver cómo nuestra particular historia y nuestro singular modo de ser y de sentir impregna los números de nuestras fiestas mayores, no tenemos más que centrar la atención en algunos de los más representativos. Fijémonos por un instante en el Festival del Siglo XVIII, en nuestro sorprendente y joven Minué, que se incorporó a los actos de la Bajada hace sesenta y cinco años. Se equivocan completamente los que piensan que el Minué lustral es la simple representación de unos actores, que se trata de mero decorado, que no va más allá de artificio hueco, y se equivocan porque nuestro Minué no se queda en una distracción feliz, no se limita a ser una simple invención brillante, una vana ensoñación de música, cromatismo y esplendor. Su verdadera naturaleza nos la recuerdan unas líneas de la pieza elegida para esta edición:

> «Este cálido invento
> se hace fiesta lustral
> a través de anacrónicos ensueños
> —colores, modos, luces—:
> alegres aires sobre ritmos lentos,
> decir ajeno en melodías propias,
> cantar universal con verbo nuestro».

Resulta innegable que el Minué está impregnado de carácter palmero, que se trata de una creación que, bien examinada, mirada con los ojos del corazón, constituye la expresión de nuestro sentir, porque es innegable que el lujo versallesco de este Minué cercano, junto con ese mundo de belleza y evocación que le es propio, forma parte de las aristas de nuestro espíritu. Creo, sin duda alguna, que la luz que lo alumbra no es ajena, es la de nuestro corazón, que sus melodías no son foráneas, sino que brotan de nuestra alma, y que el momento en que se produce no obedece a capricho, sino que se explica en clave lustral.

Además de brillo, arte, música y buen gusto, además de tradición e innovación, la Bajada estaría incompleta sin el ingrediente imprescindible de los sentimientos, porque si algo tiene de esencial nuestra celebración grande es que es la fiesta del amor. En estas fechas la ciudad se convierte en el rostro y en el corazón de La Palma, una tierra que, en su cuerpo y en su alma, es toda ella corazón. En estos días grandes es cuando comprobamos más que nunca que la ciudad que amamos nos habita, cuando sentimos de forma singular que la isla que queremos vive en nosotros. Cada uno de nosotros es la ciudad y cada uno de nosotros es la isla, y es en estos momentos cuando mostramos y demostramos todo lo que somos capaces de sentir. Esto hace que todos los números de la Bajada tengan

Traslado de Bajada del Trono (2010). JA

como elemento radical el amor. Nuestros enanos no bailan por simple diversión, ni lo hacen por rutina o por capricho. Lo hacen solo por amor a la Reina eternal, y así lo declaran una y otra vez en la noche que llenan de magia y de ilusión. Otro tanto sucede con el Carro Alegórico, cuya razón de ser no es la adecuación feliz y acertada de verso y música, ni lo vistoso y espectacular de la representación, ni las atrayentes apariciones que en él tienen lugar, sino que constituye primordialmente una alabanza, encendida y dramatizada, de la Virgen de las Nieves. Nuestros carros, que no son otra cosa que líricas avanzadillas de amor, no hacen sino anunciar su inmediata llegada, alertar a los palmeros de la inminencia del feliz suceso, recordarnos que en nuestra ciudad vamos a ver «sagrada Nieve llover», como se recoge en una de las piezas más tempranas, y pedirnos que tengamos dispuestos las gratitudes y los aplausos, y que nuestros corazones sean calles para los nevados pies.

De igual forma, estos días de fiesta son la oportunidad de comprobar y sentir el amor que nos tiene la Virgen de nosotros, que es también la de los demás, la de todos. Sabemos que baja a la ciudad arropada por la fe de los siglos, que nos la presenta como la aliviadora de las sequías, la vencedora en la batalla contra el fuego, la que amansa la furia sin medida de los volcanes, y el amparo seguro que derrama bendiciones en guerras, enfermedades y toda suerte de heridas. Viene con los atributos de reina del cielo, pero prefiere que la veamos como una madre, porque esa es su condición primera, porque esa es su función más querida. Nos llega con inequívocos gestos de peregrina y de romera, para repartir generosamente consuelo y esperanza, para recibir plegarias y besos, gratitudes e ilusiones. Pero también nos visita por un motivo menos conocido, pero no por ello menos cierto, y que yo, en esta ocasión especial, quiero recoger.

Tengo para mí que la Virgen también nos llega con alma y ropajes de marinera, que baja a ver el mar de cerca, el mar que la trajo. No debemos olvidar que la Virgen y la isla tienen el mismo origen, vienen del océano. Sabemos todos que este galeón inmenso que es La Palma surge del mar, y es el mar el que nos ha dado la vida, el que nos ha cargado de memoria, el que ha hecho que lleguemos a ser lo que somos, y el que nos ha dado a la Virgen para que en ella tengamos a nuestra gran valedora. Por eso, cuando baja a la

Traslado de Bajada del Trono (2010). JA

ciudad, viene a sentir la brisa y la maresía, a disfrutar la espuma y la sal, porque el mar seduce a la Virgen como nos seduce a todos. Olvidamos que Ella es tan palmera como nosotros y que le gusta caminar sobre la arena y dejarse acariciar por el susurro de las olas. Y es así que, cuando nos visita, sale de madrugada a buscar el influjo benéfico del mar, a emocionarse con la belleza de los luceros, a dejarse acompañar por el alisio y las gaviotas, a contemplar embelesada desde la distancia cómo la hermosa Benahoare duerme. Este es el momento único en el que el barco recupera la naturaleza genuina de su nombre, deja su perenne quietud y navega por el mar cercano, particularmente orgulloso de llevar a su capitana titular, y vuelve a su emplazamiento cuando asoman las primeras luces del día. Muchos dirán que con ello estoy dando rienda suelta a la imaginación y a la fantasía, pero desde mi corazón creo que lo que digo sucede y que lo seguirá haciendo en otros corazones.

Como mandan los cánones, y como es de esperar, voy a referirme en esta última parte al programa de actos, un programa que sorprende por su amplitud y por su variedad, y en el que se hermanan la cultura y el deporte, lo civil y lo religioso, lo artístico y lo popular, todo ello bajo los signos fundamentales de la devoción, el talento y el buen gusto. Se trata de un programa con características propias e incluso curiosas. Una de ellas es que los festejos que vamos a celebrar, que ya estamos viviendo, cuentan con diversos pregones. El primero es el oficial de la Fiesta, al que yo le pongo voz y palabra esta tarde. Otro es de carácter tradicional, marcadamente artístico, y que puede pasar algo más desapercibido a los que no lo conocen de cerca. Me refiero a la representación del Carro Alegórico en la noche del viernes grande y que es el prólogo de la llegada de la esperada viajera. Junto a esto, otros números como el Festival del Siglo XVIII y el Carro se anuncian también de modo singular y propio. Otra de las curiosidades que refleja el programa es la existencia de dos bajadas: la del trono y la de la Virgen. La primera, en el arranque de la Semana Chica, anuncia la segunda del domingo más grande, y está llena de significación. El pueblo traslada el trono, que es lo mismo que prepararle a la visitante celestial su morada ciudadana y hacerlo con todos los elementos de su señorío.

Durante quince días se suceden los festejos principales, preparando el recibimiento triunfal. Son dos semanas que

reflejan cómo el júbilo crece, cómo los corazones se abren cada vez más, son dos semanas plenas de alegría y expectación en las que concluye la larga espera. Con la llegada del segundo domingo, el pulso de la fiesta se acelera con los actos de mayor tradición y originalidad.

En lo que se refiere al miércoles grande, quiero llamar particularmente la atención sobre el cuidado singular que en esta 67ª edición de la Bajada recibe el Festival del Siglo XVIII, una novedad que me parece de todo punto magnífica, y que lo que persigue es incardinar la representación del Minué en un escenario más amplio, haciendo que la ciudad entera se traslade en el tiempo hasta el esplendor del Setecientos. Veremos cómo algunos de nuestros balcones cobran un brillo especial con la presencia de parejas que aguardan la esperada hora del baile, al tiempo que en la calle tendrán lugar algunas recreaciones de la época, y a ello se sumará la presencia, las evoluciones y el desfile de la Compañía de Milicias de Bajamar, iniciativas todas ellas que por su vistosidad constituirán un espléndido contexto a la representación del Minué.

Los que quieran ilusión, magia y tradición a un tiempo que no se pierdan la noche encantada del jueves grande, y que acudan a la Danza de Enanos, sin duda alguna el acto más original y representativo de los festejos. En esta ocasión los veremos con ropajes de juglares e interpretando los cantares del Mester, y como siempre, las evoluciones y el canto coreado de estos juglares palmeros darán paso a la aparición de los enanos, que volverán a llenar la noche de fantasía, de desenfado, de alegría y de inocencia.

Los que sienten particular atracción por el teatro están de enhorabuena porque en varios de los números se advierte de modo manifiesto la gran carga teatral que es uno de los rasgos propios de esta celebración. En este sentido quiero resaltar la significación y la relevancia del Carro Alegórico, tanto por lo que supone de hito cultural, porque muestra la pervivencia en La Palma de un género dramático ya desaparecido, como por el hecho de que siempre ha mantenido una sintonía con cada época y con cada momento, todo ello dentro del carácter manifiestamente palmero que le han dado los siglos.

Los que quieran emoción en grado sumo que acudan a presenciar la representación del Diálogo del Castillo y la Nave, y más aún, que no se pierdan la llegada triunfal de la Virgen a la plaza de España. Es el momento máximo de los actos de la Bajada. Los números previos y las celebraciones de los días anteriores no tienen otra razón de ser que preparar el ambiente para este acontecimiento: la Virgen en la ciudad, la Virgen con nosotros y en nosotros.

Termino cumpliendo la misión encomendada y cerrando este pregón. Y, así, hago saber a todos cuantos me escuchan que estamos en tiempo de Bajada. Les anuncio a todos que ya se ha abierto la puerta de la fiesta magna de La Palma, que queda muy poco para la llegada de la nieve más pura, que tenemos por delante días de júbilo y noches de luz, y les invito a todos, los de aquí y los de allá, a participar con alborozo en los actos programados. Les participo a todos, en fin, que se celebran las fiestas lustrales, las fiestas mayores, las nuestras, que nadie se las pierda.

Felices fiestas a todos, feliz Bajada.

El presente texto fue pronunciado por su autora el jueves 24 de junio de 2010 desde el balcón de la sede del Centro Asociado a la Uned de La Palma «Valeriano Fernández Ferraz» de la plaza de España de Santa Cruz de La Palma.